

DECIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

EVANGELIO

Continuacion del santo Evangelio segun san Lucas (xviii, 9-14).

En áquel tiempo, Jesus dijo esta parabola á algunos que confiaban en si mismos, créyendose justos, y que despreciaban á los demás. Dos hombres fueron al templo á orar; uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo estando de pie, rezaba de esta manera: Dios mio, os doy gracias porque no soy cómo los demas hombres que son ladrones, injustos y adulteros, ni cómo este publicano. Ayuno dos veces por semana y doy el diezmo de todo lo que poseo. Pero el publicano, estando alejado, no se atrevia ni aun á levantar los ojos al cielo; sinó que se golpeaba el pecho diciendo: Dios mio, tenéd piedad de mi que soy pecador. Yo os lo digo, este volvióse á su casa justificado, y el otro nó; porque cualquiera que se ensalza será humillado, y él que se humilla será ensalzado.

Sequentia sancti Evangelii secundum Lucam (xviii, 9-14).

In illo tempore: Dixit JESUS ad quosdam, qui in se confidebant tanquam justí, et aspernebantur cæteros, parabolam istam: Duo homines ascenderunt in templum ut orarent: unus Pharisæus, et alter publicanus. Pharisæus stans hæc apud se orabat: Deus, gratias ago tibi quia non sum sicut cæteri hominum, raptores, injusti, adulteri: velut etiam hic publicanus. Jejuno bis in sabbato: decimas do omnium quæ possideo. Et publicanus a longe stans, nolebat nec oculos ad cælum levare: sed percutiebat pectus suum, dicens: Deus, propitius esto mihi peccatori. Dico vobis: descendit hic justificatus in domum suam ab illo: quia omnis qui se exaltat, humiliabitur; et qui se humiliat, exaltabitur.

PRIMERA INSTRUCCION.

De los que confían en si y menosprecian á los demas.

I. Su locura. — II. Su crimen.

Eué en el tercer año de su predicacion, hacia el mes de Febrero, cuándo el Salvador propuso la parabola de que acabo de daros lectura ¹. Se crée generalmente que el hecho referido en esta parabola, habia realmente sucedido, y que el Salvador habia tenido conocimiento por su mirada que sondea los corazones. Séa lo que fuere, esta historia ó esta parabola fué propuesta á *algunos* ² que

1. I. A Christo disce: 1º caute loqui, ne quem infamemus. Sic enim ipse Dominus parabolam hodiernam nonnihil corrodentem dixit non ad certos homines, sed *ad quosdam*, inquit S. Lucas, ne videlicet quemquam infamia notaret. « Hinc est quod in Evangelio, inquit Salmeron, super hanc parab. neminem ex pharisæis malis legamus proprio nomine a Christo notatum; bene autem interdum bonos, ut Nicodemum, Simonem, pharisæum, in cujus ædibus peccatrix remissionem peccatorum accepit, Simonem leprosum, et alios si qui fuerunt. » Hanc ob causam scripsit in terra peccata pharisæorum, ita ut quisvis sua tantum legere posset, non aliena, Joan. viii, ut docet Lyranus. Hinc enim omnes discesserunt. Si aliena peccata legere potuissent, curiose perstitissent legendo. Interim tamen digito sectam pharisæorum notavit, dum superbum pharisæum in scenam produxit, ne cæci illi ignorarent se in genere saltem tangi... 2º Non extolli de bonis, nec desperare de malis operibus. 3º Primos sæpe fieri ultimos et contra. — II. A publicano disce: 1º Humilitatem. 2º Verecundiam. 3º Pœnitentiam. 4º Actum contritionis. — III. A pharisæo disce: 1º Pro beneficiis Deo gratias agere. 2º Jujunare. 3º Dare decimas. 4º Fugere inanem gloriam. 5º Superbiam remove ab oratione. 6º Timendum esse qui prorsus carent bonis operibus (FABER, *Op. conc. dom. 10, post Pentec. conc. 9*).

2. Cur ad quosdam, anonymos videlicet, dicta hæc parabola? Resp. primo, ne si aliquos nominasset evangelista, de infamia eos notasset.

confiaban en sí, por creerse justos, y menospreciaban á los demás. Pues yo no quiero ir más lejos que este preambulo para buscar el motivo de nuestra platica de este mañana. Porque hay siempre, ahora lo mismo que en tiempo de Nuestro Señor, personas que se complacen en sí mismas, cómo siendo justas, y menosprecian á los demás; y para ilustrarlas y curarlas, si se puede, voy á hacer ver que su manera de juzgar encierra á la vez una locura y un crimen ¹.

Eandem ob causam Lazarum illum sanctum suo expressit nomine Lucas: non item epulonem ad inferos damnatum. Docet ergo evangelista, vitia quidem taxanda, sed suppresso peccatorum nomine, si fieri potest, ne quis infametur. — Secundo, ut ostendat peccatores Deo non esse notos, quia nimirum malitiam et delicta eorum improbat. Hinc dicit illis in iudicio: *Nescio vos unde sitis, discedite a me omnes operarii iniquitatis*, Luc. XIII. Oves suas agnoscit Dominus, non alienas, quia signaculum ejus non habent. Reprobi in libro vitæ non inveniuntur scripti, ideo nesciuntur. Pavenda res, nesciri a Deo. Nil enim hoc aliud est, quam non curari, non queri; non amari a Deo, nil aliud quam deseri et relinqui sibi, darique in prædam dæmonibus (FABER, *Op. conc. dom. 10. post Pent. conc. 10, n. 1*).

1. *Propusó también esta parábola á algunos que confiaban en sí mismos cómo siendo justos, y que menosprecian á los demás.* I. Quiénes eran aquellos á quiénes Jesucristo dirigió esta parábola? Eran hombres llenos de confianza en sí mismos. Esta confianza es opuesta á la confianza y al temor de Dios; viene del orgullo, y es incompatible con la humildad. En esta funesta disposicion, no es posible dirigir á Dios una suplica que le sea agradable, porque se presenta á él con sentimientos de suficiencia, una estimacion de su propio merito, una buena opinion de sí mismo, que ofenden á sus miradas y que chocan también á los hombres, cuando se dá algunas señales de ello exteriormente que puedan advertirse. Es facil caer en esta falta, tengámos cuidado. Cuántos que, contando con sus pretendidos meritos, parecen, en la oracion, solicitar menos una gracia que reclamar una deuda! — Quiénes eran aquellos á los cuáles Jesucristo dirigió esta parábola? Eran hombres que se consideraban cómo justos. Tres clases de personas caén en este defecto: los justos que no tienen más que demasiados motivos de temor para dudar de su justicia;

I. — *Locura de los que confían en sí mismo, creyéndose justos.* — Confiarse y complacerse en sí á causa de las virtudes que se cree

los cobardes que no tienen más que motivos de temor por estar en pecado; por ultimo, quién lo creería? los pecadores también, sobre todo cuando sus desordenes no han aparecido ante los hombres. Tales son los que se presentan delante de Dios, que entran en el lugar santo, que asisten á los santos misterios, á los ejercicios de la oracion, con una familiaridad, un atrevimiento, un orgullo, una falta de devoción, que frecuentemente se manifiestan al exterior, que escandalizan á los hombres é irritan al Señor. Cualesquiera que séamos, no somos delante de Dios más que pecadores. Penetremosnos, pues, del sentimiento de nuestra indignidad, si queremos sér atendidos en nuestras oraciones. — III. Quiénes eran aquellos á quienes Jesucristo dirigió esta parábola? Eran los hombres que menosprecian á los demás hombres, cómo personas indignas de sérles comparadas. El menosprecio que se tiene por los demás viene del orgullo que lo alimenta. Si este vicio está tan oculto, tan inveterado en nosotros, que nuestro amor propio nos lo cubre y nos impide apercibirlo, reconozcamoslo al menos y ataquémosle sin consideracion en sus efectos, del cuál el principal es el menosprecio que nos inspira por los otros. No sufrámos que se levante en nuestro corazon el menor sentimiento, que salga de nuestra boca la más insignificante palabra de menosprecio para cualquiera que sea; guardémosnos de preferir delante de Dios al menor de los hombres, y también á los mayores pecadores. Cuidemos de ser del numero de estas tres clases de personas á quiénes Nuestro Señor dirigió esta parábola: *Dos hombres se dirigieron al templo para orar. El uno era fariseo*, es decir uno de estos hombres que hacian profesion de una regularidad éjemplar y escrupulosa, que pretendían y pasaban por justos. *El otro era publicano*, es decir un hombre de una profesion desacreditada, porque los que la seguían no se preocupaban de la regularidad, porque eran dados á la injusticia, á la avaricia, al lujo y á la buena mesa, de tál manera eran que la voz publica los designaba con frecuencia con el nombre de pecadores. Quién se sorprenderá al ver dos hombres de una profesion tál diferente encontrarse juntos y dirigirse, al mismo tiempo, al templo para orar? Quién no esperaria que el primero vá á hacer una oracion sublime, agradable á Dios y digna de sernos propuesta como modelo y que el segundo, por el contrario, poco ilustrado en las vias del Señor y poco instruido de su ley, vá á

practicar, del bien que se créé haber hecho, de los meritos que se créé haber adquirido, es una locura, bajo cualquier punto de vista que se examine.

¿ha er una suplica que será rechazada por Dios? Sin embargo, sucede lo contrario, y es lo que debe, sin duda, humillarnos muy profundamente y hacernos temer el juzgar á nadie (Duquesne, *El Evangelio meditado*, medit. [216, 1, p.]. — *A algunos que confiaban en si cómo siendo justos y menospreciaban á los otros, dice esta parábola*: Todo bien viene de Dios: el hombre no posee nada suyo ni debe atribuirse más que sus miserias. — El orgullo es el principio de todo pecado. Es el orgullo quién há precipitado al demonio del cielo, quién ha arrojado al hombre del paraíso; es el orgullo farisaico quién ha crucificado al Hijo de Dios. Del aprecio de si mismo nace el menosprecio de los demas, y la ceguedad es el padre del orgullo. Es por que no se conoce que se estima á si mismo y que se menosprecia á los otros. *Tu dices: soy rico y opulento, no tengo necesidad de nadie, y tu no sabes que eres desgraciado, miserable, pobre, ciego y desnudo.* Apoc. III, 17. — Es hermoso el ser piadoso y santo, pero no vale nada creyendolo que lo es. — Aunque fuésemos un santo, no deberíamos menospreciar tampoco á un pecador escandaloso: todo lo que tenemos, viene de la gracia divina, y esta gracia puede hacer, cuando vendrá, de un gran pecador un gran santo. (Dehaut, *El Evangelio explic.* 2, p. sec. 5). — *Dixit ad quosdam qui in se confidebant tanquam justi.* I. Los caracteres del orgullo y de los orgullosos. Primer caracter. *Dixit ad quosdam qui in se confidebant tanquam justi.* Los orgullosos están llenos de la estima de si mismos, de confianza y de presuncion; se imaginan, y generalmente sin fundamento, tener mucho merito, inteligencia, talento y virtud; créen poder emprenderlo todo y lograrlo por si mismos, no quieren tomar ni seguir consejo extraño: es el efecto de la confianza que tienen en ellos mismos: *Dixit ad quosdam qui in se confidebant...* Segundo caracter. Se colocan sobre los demas: *non sum sicut cæteri hominum*, y los menosprecian, *et aspernabant cæteros*. Juzgan muy mal á sus hermanos sin razon, ni fundamento; contra la verdad, la caridad y la justicia: *Non sicut cæteri hominum, raptores, injusti, adulteri, velut etiam publicanus.* Créen que todo les es debido y que no deben nada. Desean dominar, ocupar los primeros puéstos, *amant primos recubitus...* Tercer caracter. Hacen ostencion de lo poco que hacen de obras buenas, para sacar una vanagloria á los ojos de los demas hombres: *Jejuno*

Y desde luego es una locura, porque es confiarse y complacerse en una cosa que quizás no exista. Quién nos asegura que estas obras que nos inspiran tanta complacencia y tanta confianza, son realmente buenas? No hay, por el contrario, lugar á créer que ellas están viciadas precisamente por esta complacencia que tenemos y que en lugar de ser buenas, ellas no solamente son indiferentes, sinó malas, á causa del orgullo que es el unico y todo el fin? Los actos y obras ejecutados por orgullo son efectivamente malos, porque siendo el fruto de un mal arbol, no pueden más que sér malas, segun lo que nos enseña Nuestro Señor, que *todo arbol malo no puede dar más que malos frutos*¹. Las obras hechas por orgullo son tambien malas, porque están inspiradas por el demonio, porque este no sabria inspirar más que obras malas. Pero aunque no fuesen malas, quién nos asegura que han sido hechas en las condiciones para ser buenas? Sabemos que hemos pecado; sabemos tambien aunque Dios nos há perdonado, que nos hemos arrepentido cómo es preciso, que hemos vuelto á la gracia y amistad de Dios? Es-

bis in sabbato, decimas do omnium quæ possideo. Es lo que hace que tengan un gusto particular para las buenas obras que son llamativas y que atraen los elogios de los hombres. La vanidad y la vanagloria son los grandes principios que les lleva á hacer el bien, *omnia opera sua faciunt ut videantur ab hominibus.* — II. Su castigo está contenido en estas palabras de nuestro Evangelio: *Qui se exaltat humiliabitur.* Dios se complace en humillar á los orgullosos: 1º Haciendo servir su orgullo y su gloria para cubrirlos de verguenza y de confusion: *Gloriam eorum in ignominiam commutabo* Os. IV, 7. Por los mismos sitios por los cuáles buscan elevarse, Dios los abaja y los humilla... 2º Resistiendoles: *Deus superbis resistit.* Oponiendose á todos sus designios, proyectos y empresas, haciendoles fracasar. Dios sabe devorar toda la sabiduria humana, llena de orgullo y de presuncion: *Sapientia eorum devorata est.* Ps. CVI; y hacerla cambiar en una insigne locura: *Dicentes se esse sapientes, et stulti facti sunt.* Rom. 1... 3º Permitiendo que tengan caidas vengonzosas é infamantes que les deshonoran completamente delante todo el mundo á quién ellos buscan tanto agradar, y cuya estima desean con tanto ardor: *Tradidit illos Deus in passiones ignominia.* Ibid. Gaume, Paris, 1868).

1. Math. VII, 17.

cuchad lo que nos dice el Espíritu Santo: *Los justos y los sabios, y todas sus obras están en la mano de Dios, y sin embargo el hombre no sabe si es digno de amor ó de odio: todas las cosas son inciertas, y estarán guardadas para el porvenir* ¹. Así, las obras en las cuales nos complacemos son buenas, ó bien indiferentes, ó bien malas? no lo sabemos. Pero por esto mismo que nos complacemos, hay lugar de creer, que ellas son malas. De donde resulta que nos complacemos y nos confiamos en buenas obras que no existen.Cuál no es, pues, nuestra locura ²!

1. Eccli. ix, 1.

2. Licet enim quis multa bona operetur, quis tamen assecurare eum potest, quod ex vero Dei amore procedant? Est aurum quoddam adulterinum non absimile auro vero; nec apud omnes est perspicax satis visus vel iudicium quo discernatur, nec Lydius lapis quo agnoscat fallax ejus species. Multi similia operantur opera illis operibus quæ justis attribui solent, non tamen prodeunt ex radice charitatis, sed ex impetu et fervore cujusdam naturalis amoris qui facile ob similitudinem discerni nequit ab affectione supernaturalis amoris. Sic cholericus fervore multo a cholera suppeditato videntur zelo Dei commoveri. Sic melancholia graves a multis abstinere. Sic sanguinei multam compassionem habent, phlegmatici multam patientiam et longanimitatem. Hæc tamen omnia a natura magis proveniunt quam a gratia. Quandoque etiam similia provenire possunt ab illusionibus, nam quibusdam dæmon cordis teneritudines, devotiones, suavitates immittit, ut sibi non displiceant; interim in gravibus peccatis existunt, et in illis perseverant. Propterea dicebat Job, ix, 11-12: *Si venerit ad me non videbo eum, si abierit non intelligam. Si justificare me voluero, et innocentem ostendere, pravum me comprobabit. Etiam si simplex fuero, hoc ipsum ignorabit anima mea.* An non his verbis fatetur sapiens ille se incertum esse de justitia sua, de Dei gratia et gratiæ donis, quandoquidem illa possit Deus occulte subtrahere, propter occultum aliquod peccatum? *Si velut mundissimæ, fulserint manus meæ tamen sordibus, intinges me,* ait ipse, ix, 30 et 31. Quasi diceret: Etiam si me mundum existimavero, tamen sordidum me poteris declarare, quia nec ego sordes omnes meas perfecte valeo agnoscere, nec fundum cordis mei perspicere, an non secretum aliquod vitium lateat quo tibi displiceam, vel an aliqua perversa intentio vitiet opera

Pero supongamos que las obras que hacemos son buenas, que los meritos que hemos adquirido son reales: tendremos más motivos para complacernos? De ningún modo. Quién es lo que, en nosotros, hace las buenas acciones y adquiere los meritos? Somos nosotros mismos? De ningún modo. Es lo que nos enseña formalmente el Salvador, cuando nos dice: *Sin mi, vosotros no podeis hacer nada* ¹ de bueno, de bien, de justo, de meritorio. No solamente no podemos hacer nada bueno por nosotros mismos; sino que no podemos tampoco formar un buen pensamiento ni un buen deseo. Es lo que el apóstol san Pablo instruido por el Espíritu Santo, nos declara á su vez, en estos terminos: *Por nosotros mismos, no somos tampoco capaces de concebir una buena cosa; si somos capaces de ello, esto viene de Dios* ². Así, nuestras buenas acciones, no es nosotros quiénes las hacemos; nuestros buenos deseos, no es nosotros quiénes los formamos; nuestros meritos, no es nosotros quiénes los adquirimos; sino que es Dios, es Nuestro Señor Jesucristo quién hace todo esto en nosotros. De suerte que, dice en alguna parte San Agustín, cuando Dios corona en él cielo nuestras buenas obras, son sus propios dones que él corona en nosotros. Si no es nosotros quiénes hacemos nuestras buenas acciones, qué derecho tenemos, pues, para complacernos? Es también lo que nos enseña el apóstol san Pablo, cuando nos dice: *Si no tenemos nada que no hayamos recibido, no debemos glorificarnos, cómo si no lo hubieramos recibido* ³. Complacernos, confiarnos en las buenas acciones que no hemos hecho, es cómo si el hacha, nos dice un profeta, se complacié en la encina que corta, ó cómo si la sierra se atribuyese el mérito de haber dividido las tablas amontonadas delante de ella ⁴. Lo que nos hace comprender que bajo este punto

1. Joan. xv, v.

mea, quæ ego censeo opera justitiæ. Cumque alia sint Dei, alia hominum judicia, quis sibi confidet, quis gloriari poterit, donec lux illa adveniat, quæ omnia faciet manifesta? (MARCHANT. *Rat. Prædic.* dom. 10. post Pentc.).

2. II. Cor. iii, 5. — 3. I. Cor. iv, 7. — 4. Is. x, 15. —

de vista tambien, es una locura complacerse y confiarse en sus buenas obras.

Lo es una, por ultimo, el complacerse, porque no sabemos si perseveraremos. Ah! si hubieramos llegado al cielo, comprendo yo, que reservando los derechos de Dios sobre nuestras buenas obras, pudieramos felicitarnos! Entonces, por lo menos, estaríamos seguros que despues de habernos felicitado por nuestras buenas obras no tendríamos nunca que llorar por su perdida. Pero en tanto que estémos en este mundo, puede felicitarse por cosa alguna, y no se tiene motivo antes bien para temblar por todo, aun por nuestras buenas obras, por caer y perder el merito? Porque quién sabe si perseverará hasta la muerte? «Cuántos no hemos visto subir hasta los cielos y colocar su nido en los astros, que han caido despues en los abismos! Cuantás estrellas no hemos visto caer del cielo bajo los golpes del rabo que las golpeaba!» Así habla San Agustin, en sus *Soliloquios*, queriendo decir que se encuentra, aun entre los más perfectos, y que una vida celeste habia hecho ilustres, quiénes han sido vencidos por la tentacion del demonio, de las alturas de su perfeccion, antes de haber alcanzado el fin de la peregrinacion terrestre, y precipitados para siempre en el infierno. Tales fueron, entre otros, Saul, el elegido de Dios; Salomon, el más sabio de los reyes; Judas, uno de los apóstoles del Salvador. Qué si estos hombres ilustres y tantos otros parecidos hubieran podido, con alguna apariencia de razon, esperar en su perseverancia, han no obstante tenido caidas tan temibles y fines tan desgraciados, qué seguridad podemos tener de que preservaremos nosotros, que no estamos en circunstancias tan favorables como ellos, ni tan avanzados en el camino del cielo? Muy lejos, pues, de confiar en nuestras buenas obras, desconfiemos de nuestra fragilidad y de nuestra inconstancia, segun nos exhorta san Pablo, cuando dice, *que el que esté de pie tenga cuidado de no caer*¹. Porque obrando de otra manera, es decir, complaciendonos en nuestras buenas obras y en nuestros meritos, haríamos cómo el primer lu-

1. I. Cor. x, 12.

chador que, desde los primeros pasos dados con sus compañeros, se imaginára haber ya ganado el premio. No, no basta bajar á la arena y dar los primeros pasos; es preciso llegar al final: hasta entonces no se puede felicitar; hacerlo más pronto, es una locura, puesto que en tanto que no se ha logrado el objeto, puede acontecer algo que nos impida llegar.

Así, cómo os lo decia al comenzar, es una triple locura confiarse en sus buenas obras; en cualquier punto de vista que se coloque nada justifica esta complacencia, sino que todo la condena¹. — Hablemos ahora del

1. *Dixit ad quosdam qui in se confidebant tanquam justis*, Arias legit: «Ad quosdam persuasos in seipsis, quod essent justis.» Sanctus Bonaventura ait: «Tunc confidit in se quis tanquam justus, quando se justum reputat ex suis operibus.» — Salmeron notat, quod hæc confidentia, quam de nobismetipsis concipimus, nos ut plurimum fallat et decipiat: «Experientia teste, inquit, a nullo magis homo, neque frequentius, neque forte periculosius decipitur, quam a seipso;» atque hinc est, quod, ut idem author notat, sanctus Chrysostomus librum illum scripserit, cujus titulus sive inscriptio est: «Nemo læditur nisi á seipso.» — Theophylactus ad hoc se reflectit, quod quia superbia inter cunctas alias passiones majorem in humana corda tyrannidem exercet, ideo Salvator noster haud immerito eandem præ cæteris ab iisdem cordibus profligare contendat: «Est autem superbia Dei contemptus, quoties enim aliquis non Deo sed sibi adscribit bona quæ facit, quid est aliud quam Dei negatio?» Contra illos igitur, qui in seipsis confidunt (opera sua non Deo, sed sibi ipsis attribuendo, et insuper proximos suos contemnendo) hanc parabolam proponit, «ostendens, quod quamvis justitia approximet Deo, si tamen assumat superbiam, ad infimum dejicit hominem.» — Considerabilis est hoc loco dictio illa, tanquam, quia ut Hugo cardinalis observat: «Non erant vere justis cum nullam haberent justitiam, quia non habebant humilitatem, sine qua nihil placet Deo.» — Æternæ et primæ veritatis propositio est quod *nesciat homo, utrum amore an odio dignus sit*, Eccle. ix, 1, nisi desuper revelationem habuerit. Imo S. Paulus a Deo, qui mentiri nequit, indubitata habebat prædestinationis suæ promissionem: *Vas electionis est mihi iste*, Act. ix, 13, idemque jam ad tertium usque cælum raptus fuerat, ubi, secundum

II. — *Crimen de los que menosprecian á los demas.* — En nuestro Evangelio, los que menosprecian á los otros son los mismos que

quod scholæ asserunt, oculos suos in divinam essentiam ei defigere li-
 euit, per modum transeuntis, et tamen præ timore nimio totus contremiscebatur, unde dicit : *Castigo corpus meum, et in servitutem redigo, ne reprobus efficiar.* Non quidem sua ipsum mordebat conscientia, *nihil mihi conscius sum*, et tamen hoc non obstante, protinus subjungebat, *sed non in hoc justificatus sum.* Quamnam putas, ex mente S. Gregorii, esse differentiam inter eos, qui sub signis militaribus militant, et alios qui sub vexillo crucis apud Deum sua merentur stipendia? Hæc nimirum, quia milites nullo timore anguntur, at vero christianis, semper de suis viribus diffidendum est : *In timore Domini*, inquit Sapiens, *fiducia fortitudinis.* Petrus qui Christum non homini tantum, sed etiam Dei filium esse confessus fuerat, eundem postea sæpius turpiter et proterve negavit; protestandoque dixit : *Non novi hominem*; cujus quidem præcipitii causa fuit, quia sibi ipsi nimium confidebat, adeo ut in sui comparatione suos aspernaretur alios coapostolos, Unde S. Ambrosius ait « *Lapsus est, quia dixit, etsi omnes scandalizati fuerint in te, ego nunquam scandalizabor*, quis alius jure de se præsumat? » Theophylactus quoque ait : « *Idcirco permisit illum Christus cadere, ut deceat, ne quis in seipso confidat, sed in Deo.* » Et quia ter se suum secutorum esse magistrum temere jactavit, seque quovis alio eidem fidiorem futurum esse stulte promisit, Deus juste ipsum non semel tantum, sed trina voce negare permisit, in pœnam trium errorum quos commisit, tum nimium sibi confidendo et promittendo, tum aliis se præferendo, illosque contemnendo, tum Christo fidem adhibere renuendo. — Mundi hujus innavigans mari Scyllam inter et Charybdin pertransire debet, si portam attingere desiderat : per medias diffidentiae angustias transiliat, necessum est, si enim in alterutram, quamecunque demum, partem declinaverit, naufragium patietur. Unde Tertullianus inquit : « *Qui præsumit, minus veretur, minus præcavet, plus periclitatur, timor fundamentum salutis est, præsumptio impedimentum timoris; utilius ergo, si speremus nos posse delinquere : sperando enim timebimus, timendo cavebimus, cavendo salvi erimus.* » Confidendum est, sed non inutiliter; diffidendum est, at iterum certos inter limites : dum plus nimio diffidit Cain, in desperationem incidit, dicens : *Major est iniquitas mea, quam ut veniam promerear.* Gen. IV, 13. Talem pharisæus ille de se, de-

se complacen en sus buenas obras; es decir, que son los orgullosos. Estos, en efecto, no se estiman más que porque se comparan con los demas y que en esta comparación, ellos no vén más que lo que es ventaja suya y lo que constituye la desventaja del prójimo; en otros términos, nó miran más que á sus meritos, ó á lo que ellos consideran cómo tales, lo que hace que se estimen; y á los defectos del prójimo, ó lo que ellos consideran cómo tales, lo que hace que los menosprecien. Pues yo digo que estos orgullosos, que cometen la locura de complacerse en sí y en sus buenas obras, cometen un crimen despreciando á los demas.

En que consiste este crimen?

Consiste primeramente en que el menosprecio del prójimo es un ultraje á la caridad. Nuestro primer deber respecto de nuestro prójimo, es el de respetarle en su persona y en sus bienes, nó es tampoco el asistirle cuando está necesitado, sino el de amarle. Amar á nuestro prójimo es nuestro primer deber con respecto á él, cómo nuestro deber con respecto á Dios, es tambien el de amarle. — *Amarás*, nos dice Jesucristo, *al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu. Es ése el principal y el primer mandamiento. Pero hay otro segundo semejante al primero : Amarás á tu prójimo como á ti mismo*¹. Así nuestro primer deber respecto del prójimo, es el de amarle; y amarle, nó más ó menos friamente, y de una manera cualquiera, sino notádlo bien : *como á nosotros mismos*. Y porqué debemos amar á nuestro prójimo cómo á nosotros mismos? Porque es cómo nosotros, la criatura y el hijo de Dios, y cómo nosotros también, el hermano y coheredero de Jesucristo. Es preciso añadir aqui que el Salvador dá una importancia tan grande al amor al prójimo, especialmente de los cristianos entre sí, que él há querido que esa fuése la señal por la cuál se reconocería sus discipulos? La observan? nó, sin duda; porque menospreciar á su prójimo, es nó amarle. Pero nó

que suis meritis præsumptionem habebat, ut crederet cœlum se capite contingere, dum pedibus esset in inferno (MANST, *Ærar. Evang. dom. 10. post Pent.*).

1. Mat. XXII, 37-39.